



VIERNES SANTO.

E aquí el día de la grande tristeza cristiana, día que las campanas no anuncian ; día en que los altares no tienen sacrificios y en que los santuarios de luto no resuenan sino con lamentaciones ; día en que las madres dicen á sus niños : « Hoi Nuestro Señor ha muerte, y es preciso hacer penitencia con nosotros. » En este día el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse en todas las casas cristianas : no es

bastante que cesen los cánticos en las iglesias, es preciso que no haya regocijo alguno en los hogares.

En las capitales, hoi tan agitadas y ruidosas, cuando viene el gran día de tristeza, poco se percibe que las campanas han cesado sus repiques desde la víspera. Pero en las ciudades de provincia este silencio tiene una lúgubre solemnidad ; y hasta los relojes de la ciudad se callan, de suerte que parece que el tiempo se detiene, porque el Señor murió.

Este día, en muchos países, la lengua de hierro del tiempo no dice á los hombres mas que una hora : ¡ LAS TRES !

¡ Hora de la muerte del Redentor ! ¡ Hora que oyó el grito que hizo temblar la tierra, hender las rocas, despedazar el velo, ocultar el sol, abrir las tumbas y resucitar los muertos ; el gran grito : ¡ CONSUMMATUM EST !

En muchas ciudades, los habitantes no llevan el VIERNES SANTO sino vestidos negros, y hemos visto fervientes católicos no querer servirse de sus carrozas el día en que el Salvador del mundo bañó con sangre y sudor el camino del Calvario.

En otros tiempos la tristeza se extendía en nuestras antiguas iglesias y en nuestros viejos palacios, y cuando los pontífices de San Dionisio y Nuestra Señora se cubrían con silencio y ceniza, los sucesores de Clovis y san Luis deja-

ban sus coronas y tomaban sus vestidos violados, color del luto de los reyes.

Sin vituperar los tiempos presentes, los compadecemos al verlos desheredados de estos antiguos y piadosos usos. En vano buscamos la ventaja ó garantía que los poderes humanos pueden hallar en aislarse de Dios; no vemos sino vértigo y delirio en este pensamiento.

Por un sentimiento recibido sin contradicción en toda la Iglesia se cree que los apóstoles instituyeron las fiestas cuyos misterios pasaron á su vista. Pone san Agustín en esta categoría la *Pasion*, la *Resurreccion*, la *Ascension* y la *Bajada del Espíritu Santo*. Empero se conviene en que desde los principios, así como en la sucesion de los siglos, la fiesta de la Pasion ó del Viernes santo, tan augusta como es, fué siempre una fiesta de oracion, de trabajos y mortificacion, mas bien que de descanso y regocijo. Los latinos mostraron tanta veneracion como los griegos por este santo dia, guardando la fiesta en muchos parages. Y hasta mediados del siglo décimo sexto, no se redujo á *media fiesta*, terminada al medio dia despues de los oficios de por la mañana, y con los del Jueves y del Sábado santos. Redoblábanse entonces, ó se prolongaban las vigiliás, las mortificaciones, las lecturas santas y las oraciones. Pasábase toda la noche en ayuno en la asamblea de los fieles; y de esta costumbre, trasmitida por los após-

toles, nadie estaba exento fuera de los niños menores de siete años. Leiase allí toda la Pasion segun los cuatro evangelistas, dividida en doce lecciones, y despues de la noche se continuaba el oficio del dia á las horas ordinarias; mas no se hacia oblacion ni sacrificio.

Nada sobrecoje mas el alma de tristeza que el aspecto de nuestras iglesias. El Viernes santo por la mañana ya no se cree el color violado de bastante luto y se usa del negro, como para nosotros mortales, en el altar del Dios inmortal. Sobre el paño funeral de los cristianos se espone el crucifijo para la adoracion.

Estas palabras dichas con una voz triste y lenta se repiten frecuentemente en el oficio del dia: « *Collocavit me in obscuris sicut mortuos seculi.* » Se me puso en un lugar oscuro como á los muertos del siglo.

« *Posuerunt super caput ejus causam ipsius scriptam, JESUS NAZARENUS REX JUDEORUM.* » Pusieron sobre su cabeza su causa en una inscripcion: « Jesus nazareno rei de los judios. »

« *Christus factus pro nobis obediens usque ad mortem, mortem, antem crucis.* » Cristo obedeció por nosotros hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz.

Mientras que se salmodean estos versículos, todos los sacerdotes se arrodillan sobre las losas desnudas del santuario, y los acólitos estienden sobre el altar, sin cirios, sin ornamento alguno,

delante del tabernáculo abierto y vació un manto de lienzo.

Luego un cantor dice la siguiente profecía de Osias : « Ved aquí lo que dice el Señor. En el exceso de su tribulación, y cuando el dolor pesará sobre ellos, se apresurarán á volver á mí. »

« Venid, venid, dirán, volvamos al Señor : él nos ha puesto en cautiverio, él hará cesar nuestra servidumbre. »

« Él nos ha herido, y él solo será quien nos cure. »

« En dos días nos dará la vida ; el tercero nos resucitará de entre los muertos. »

« Entonces viviremos en su presencia y conoceremos el poder del Señor, y nos apegaremos á él como á la salud. »

« Él vendrá á nosotros como el rocío que cae á su tiempo sobre la tierra. »

« ¿ Que te haría yo, pueblo de Efrain ? ¿ Que te haría, pueblo de Judea ? »

« Señor, vuestra misericordia semeja á una nube de la mañana, ó al rocío que el sol hace desaparecer así que se muestra en el cielo. »

« Yo he espuesto los profetas á los tormentos y á la muerte para anunciaros las palabras de mi boca, y para que hicieseis brillar vuestra inocencia como la luz : porque gusto mas de la obediencia que de los sacrificios y de las ricas ofrendas. »

« ¡ Señor, Señor, yo recuerdo vuestros anti-

guos prodigios, y el temor se apodera de mí ! »

« ¡ Señor, Señor, yo sé que aparecereis sobre las nubes, cuando se hayan cumplido los tiempos, entre dos querubines y os hareis entonces conocer ! »

« Dios aparecerá del lado del Libano, y el Santísimo vendrá de una montaña cubierta de espesa arboleda. Su gloria oscurecerá el brillo de los cielos y la tierra resonará con sus alabanzas. »

Después de estas profecías cantan tres sacerdotes la Pasion de Nuestro Señor. Este canto es un diálogo de grande antigüedad : los judíos, Pilatos, Herodes, los apóstoles y Jesus mismo hablan en él y responden á su turno. Y cuando se llega á estas palabras : *Et inclinatio capite redidit spiritum*, que se dicen recitadas, cesan los cantos y no se oye en el silencio que reina sino el movimiento de los fieles que se prosternan para besar la tierra que el Salvador humedeció con su sangre.

Concluida la Pasion, arrodillándose y extendiendo los brazos á cada oracion, ruega el sacerdote en el altar por toda la tierra, por la santa Iglesia, por el papa, por los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos, por los reyes, por los catecúmenos, por todas las necesidades, por los heréticos y cismáticos, por los judíos, por los paganos y por los idólatras. Entre cada oracion de estas dice el oficiante : *Flectamus*

genua, y el coro responde : *Levate*. Pero en la oracion por los judíos que dieron muerte á el Hijo de Dios no dobla el sacerdote la rodilla, y se demuestra allí un horror señalado contra el pueblo deícida.

Entretanto grandes y pequeños, poderosos y débiles, felices y desgraciados, ricos y pobres todos van á adorar la cruz. El sacerdote en el altar, descubriendo al pueblo uno de los brazos del árbol de salud, esclama : *Ecce lignum crucis*, y el coro responde : *In quo salus mundi pependit*.

Adelantándose luego el sacerdote del lado derecho del altar, y desnudando el otro brazo de la cruz, dice aun : *Ecce lignum crucis*, y de nuevo los coristas repiten : *In quo salus mundi pependit*.

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz : *Ecce lignum crucis*, y la cruz entera se descubre y muestra á la multitud cristiana el crucifijo que veia largo tiempo habia envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espinas, con las manos y los pies heridos de los clavos, con el costado abierto por la lanza....

Y cuando el Hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acardenalado con los tormentos de la Pasion, el sacerdote continua cantando : *¿Popule meus, quid feci tibi? ¿In quo contristavi te? Responde mihi.* « Oh pueblo mio

que os he hecho? ¿En que os he contristado? Respondedme. »

« Porque os he libertado del cautiverio, por que os he mantenido durante cuarenta años en el desierto, porque de la esterilidad os llevé á una tierra fecunda : ¿Que mas he podido hacer por vos? ¿No fuisteis la viña que planté y que guardé bajo mi proteccion? ; Y me clavais en una cruz ; y cuando tuve sed me disteis á beber vinagre y hiel ! »

« Oh pueblo mio, ¿que os he hecho? ; En que os he contristado? Respondedme, respondedme. »

« Para salvaros de Egipto sumerji bajo las olas del mar á Faraon y á sus caballeros ; y ; vosotros me entregasteis á los principes de los sacerdotes ! »

« Os abrí un paso por entre las ondas del abismo ; y ; vosotros me heristeis el costado con una lanza ! »

« Marché delante de vosotros como una columna luminosa de nubes ; y ; vosotros me trajisteis al pretorio de Pilatos ! »

« Os mantuve con el maná que bajaba del cielo ; y ; vosotros me golpeasteis llenándome de cardenales ! »

« Hice surtir agua de una roca para apagaros la sed ; y ; vosotros me disteis á beber hiel y vinagre ! »

« Os puse en las manos el cetro del mundo ; y

¡vosotros pusisteis en mi mano una caña y sobre mi frente una corona de espinas!»

«Os hice subir sobre el trono del poder; y ¡vosotros me alzasteis á una cruz!»

Agios ó Theos. Agios Ischiros. Agios Athanatos.

Eleison inas.

Sanctus Deus. Sanctus Fortis. Sanctus Inmortalis.

Miserere nobis.

Se ve que no basta á la Iglesia en su profundo dolor una sola lengua para clamar á Dios: ¡Oh Señor, vos que sois santo, fuerte é inmortal, tened piedad de nosotros!

Parece esta parte del oficio como un delirio, y entre estas angustias, las palabras tan sencillas, repetidas frecuentemente: ¡Oh! *pueblo mio, ¿que os he hecho?...* Son capaces de tocar los corazones mas helados.

En este instante, si hai un rei en la iglesia puede tomar la parte de enseñanza que aqui se da á los poderosos de la tierra. Y si ha tenido de que quejarse de sus vasallos, si su pais ha correspondido con el destierro y la proscripcion al bien que queria hacerle, si los que mantuvieron, vistieron y abrigaron á los pobres no tienen asilo, si los que tenian palacios carecen de una piedra para reposar la cabeza, que no se quejen tan amargamente y que pongan sus altos dolores á los pies divinos del adolorido Jesus de

Nazaret, Hijo del eterno Jehovah, Dios de los imperios y de los egércitos.

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasion se salmodean alternativamente mientras que el crucifijo descubierto está espuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rei muerto sobre una cama funeral.

Para venir á besar los pies y las manos tras-pasados de clavos y el costado entre abierto del Salvador, los mas altos en poder y dignidad, reyes, arzobispos, obispos y príncipes quitan su calzado y adoran con los pies desnudos. La multitud les sigue y viene con ellos, porque murió por todos; y el mendigo que tiende la mano á la puerta del templo tiene tanta parte en la sangre del Redentor como el monarca y el pontífice.

La vispera, cuando se llevó la hostia del altar al monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las capas rojas bordadas de oro, las albas de randas, las dalmáticas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incienso mas puro de la Arabia, los graves sonidos del órgano que acompañaban el *Pange lingua*; empero, el Viernes santo se llevan triste y silenciosamente las santas especies al santuario, para que las consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencia. Despues de la comunión se termina el oficio; y si la multitud permanece en la iglesia, es porque el pueblo quiere

besar la cruz: y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, mugeres y niños, se suceden en esta adoracion.

Cerca del crucifijo se halla un plato de cobre ó plata en que el rico y el pobre deponen su limosna, porque no se ha de olvidar en el día de dolor á los infelices necesitados.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan á su trabajo diario, se predica la Pasión de Nuestro Señor; y á las tres de la tarde, hora en que Jesus murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relacion de los dolores de un Dios.

He aquí ya dos mil años que se predica á los fieles la *Pasion de Nuestro Señor*, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fé y amor para hacer correr abundantes lágrimas: hai fuentes que jamas se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

Siempre tendré presente la relacion de un misionero peregrino que volvia de Jerusalem (*). Lleno de recuerdos de la santa ciudad referia las estaciones de la via dolorosa, y su palabra simple y fogosa, fuerte y pintoresca hacia casi ver el sudor, las lágrimas y la sangre con que fué

(*) El abate Forbin de Janson, hoi obispo de Nancy.

regado el camino del Golgotá. Al oirlo se habian, por decirlo así, pasado los mares con el sacerdote descendiente de los viejos caballeros cruzados; creíase uno ora en el jardin de los Olivos, ora en el palacio de Caifás, ya en el pretorio de Pilatos, y con el peregrino lo era uno tambien atravesando todas las estaciones: con él subia uno la penosa montaña del Calvario, con él se estremecia, se arrepentia, oraba y esperaba.

Términase el dia del Viernes santo con el canto del *Stabat Mater*: este himno de materno dolor que las mugeres repiten llorando, porque conciben mejor que nosotros las angustias de la madre sentada al pie de la cruz.

Para mover las almas no habia necesidad que Pergolesio compusiera su inmortal obra; el simple canto de la Iglesia, á mi opinion, sobrecoje de tristeza y llena de resignacion.

Esta relacion de los dolores de María puede privarse del adorno del arte y de las pompas de las grandes iglesias. En las aldeas, ante el altar de luto, las mugeres y madres alternando las estrofas con el sacerdote y los acólitos son bastante á conmover el alma y hacer llorar los ojos.

Que los que me leen no crean que quiera yo quitar á nuestros ruegos las alas que la buena música puede prestarles. ¡Oh! no. Yo me regocijo cuando las artes vienen á santificarse cerca de los altares: la verdadera mision de las bellas

artes es glorificar á Dios; mas quisiera que al entrar en la iglesia dejaran su aire mundano y que nunca trajesen al santuario pensamientos y recuerdos profanos. Que la música que alaba al Señor sea virgen, y que los que la escuchan no digan: la hemos oído en otra parte.

Para terminar lo que he dicho sobre el Viernes santo tomaré de uno de mis jóvenes amigos (*) las reflexiones hechas sobre los mismos lugares en que Jesus sufrió, y escritas el día de la muerte del Salvador. Estas reflexiones tienen un doble atractivo, el del talento y el que han tomado con el aspecto imponente del sepulcro, que será el único que nada tendrá que dar el gran día de la Resurrección.

VIERNES SANTO EN JERUSALEN.

A las tres de la mañana todo el mundo se habia despertado ya: los hombres tomaban su turbante y su cintura, las mugeres su velo y su *feredje*. Cada familia estaba reunida en rededor de un brasero lleno de fuego, y así que los rayos del alba vinieron á esclarecernos á través de los vidrios de la media naranja, salí de la capilla de la Virgen y, no sin tristeza, me puse á recorrer la iglesia.»

« A las tres de la tarde los latinos cantaron

(*) M. de Poujoulat.

el oficio de Tinieblas. Estas lúgubres y santas armonías, que en los dos últimos días resonaron á mis oídos con tanto encanto, se perdían hoy á través de las olas del pueblo y en medio de un inmenso ruido. Mas de cuarenta mil peregrinos de todas naciones se precipitaron á la iglesia del Santo Sepulcro para asistir á la ceremonia del Viernes santo. Es esta la mas imponente que yo vi en Jerusalem.»

« Todo el recinto de la iglesia estaba lleno: ni un rincón, ni un pilar, ni una reja se veía que no estuviesen ocupados, y era así, por desgracia, la confusión estrema.»

« La ceremonia comenzó á las siete de la noche: voy á describirla. Yo marchaba al lado del celebrante, y pude observar todo.»

« El padre vicario que celebraba y sus oficiales, seguidos de todos los religiosos del convento de San Salvador, se reunieron en la capilla de la Virgen, cuyas puertas cerraron. Se habian apagado allí todas las luces, y en medio de la oscuridad mas profunda un padre joven de Italia pronunció un discurso sobre los sufrimientos y muerte del Salvador. No fué este discurso mas que un rápido abreviado de la Pasión de Cristo acompañado de piadosas reflexiones. Ni habia necesidad de retórica cerca de estos pobres religiosos, á quienes la simple relación de los dolores del Hijo del hombre deshacia en lágrimas.»

« Despues de este discurso las puertas de la capilla se abrieron y oimos el vasto ruido de la multitud semejante al bramido del mar. Nuestros cenobitas precedidos de un gran crucifijo se colocaron de dos en dos con un cirio en la mano, y nos pusimos en camino en la iglesia á traves de la innumerable muchedumbre que se bamboleaba compuesta de hombres, mugeres, niñas, muchachos y ancianos de todas las naciones del Oriente. »

« Comenzose el *Miserere* en un tono de los mas lamentables que oirse pudieran. Los jóvenes árabes educados en el convento de San Salvador iban los primeros con la cruz y cantaban el *Stabat Mater* con bastante armonía. »

« La procesion avanzaba con trabajo, y la multitud nos estrechaba por todos lados; y llegando al altar de la *Division de las vestiduras*, un religioso español, revestido de una estola negra, sin sobrepeliz, pronunció en su lengua un discurso sobre la triste solemnidad del dia. Nosotros estuvimos de pie durante todo él; solo el celebrante estaba sentado en un sillón de terciopelo negro bordado de oro. Dos de los principales católicos de Jerusalem llevaban este asiento detras del celebrante durante la procesion. Yo no he visto nada mas bello que los ornamentos de terciopelo negro bordados de oro que sirvieron en esta ceremonia: estos fueron enviados de España en 1819, y las armas de

Castilla brillaban en ellos en sobrepuestos de oro. »

« Concluido el sermón español, nos pusimos en marcha hasta el altar del *Impropere*, donde se ve un resto de columna de piedra sobre la cual se sentó el Salvador cuando, durante la noche de su Pasion, fué cubierto de oprobios: allí tuvimos un segundo discurso en español, y despues seguimos acia el Calvario. En medio de un inmenso ruido cada uno queria subir al Golgotá.... Y con infinita dificultad llegamos al altar de la *Crucifixion*. »

« El gran crucifijo que precedia la procesion, llevado por un religioso latino, fué puesto al pie del altar construido en el mismo lugar en que el Salvador espiró, y el sacerdote español que habiamos oido en las anteriores estaciones, se arrodilló ante él y prosiguió su discurso con los ojos llenos de lágrimas; mas cuando llegó á la última hora del Salvador prorrumpió el sacerdote en sollozos. »

« Por mí, yo lo diré, me hallé sobrecojido de un santo horror cuando vi al cenobita con su estola de terciopelo bordada de oro sobre su vestidura de lana parda y le oí referirnos la muerte ignominiosa de Jesus en el mismo lugar en que fué inmolado....; Porque yo estaba allí sobre el mismo Golgotá en donde se plantó la cruz, y pisaba el monte que habia embebido la sangre sagrada de Cristo! »

« ¡Que de tristeza ! ¡ Que de pensamientos !
 ¡ Un Dios que se hace hombre para morir, y
 para morir inocente ! ¿ No hai en este misterio
 un egeplo patente y un consuelo sublime para
 la humanidad ? Tenia el mundo necesidad de
 ver morir un Dios para que la imágen de la
 muerte fuese menos horrible, y que pudiese en-
 trar el hombre sin tanto dolor en el sepulcro al
 cual el mismo Dios habia ya entrado. »

« ¡ Desgraciados humanos, á quienes ha he-
 rido el hacha de la injusticia, mirad la cruz en
 que espiró el Santo entre los santos ! ¡ Vosotros
 mortales, distinguidos por sin igual ingenio, y
 que desconocidos de vuestros contemporaneos,
 no recojeis sino humillaciones ó desdenosa indi-
 ferencia, nobles hijos de la tierra, marcados en
 la frente con el sello de la inmortalidad, cuyos
 dias se consumen en ardientes pensamientos,
 levantad los ojos acia el Padre del evangelio,
 el Regenerador y el Salvador del mundo, sus-
 pendiente en un madero infame ! Ese es su trono
 y su altar. ¿ Y su corona ? miradla : ¡ Una corona
 de espinas ! »

« En las prisiones, en el destierro y sobre los
 cadalsos, cuantas víctimas inocentes habrán
 esclamado : ¡ Oh, Dios mio, Dios mio ! ¿ por que
 me has desamparado ? ¡ ELI, ELI, LAMMA SA-
 RACTHANI ! »

« Elevado el crucifijo de la procesion en el
 mismo parage en que estuvo la cruz del Salva-

dor, despues de un largo discurso sobre la Pa-
 sion, un religioso anudó devotamente un paño
 blanco por debajo de los brazos del Cristo y le
 quitó la corona de espinas y los clavos de los
 pies y manos, así como se le quitaron al Sal-
 vador, con un martillo y unas tenazas. »

« Quitados los clavos y la corona, que el sa-
 cerdote besó respetuosamente, los mostró á la
 adoracion de los fieles y los puso luego sobre un
 plato de plata. A medida que se plegaban los
 brazos del Cristo, caian estos de sí mismos como
 los de un cuerpo muerto. »

« Bajose luego el Cristo de la cruz de la misma
 manera que se hizo con el Salvador cuando
 hubo espirado. ¡ Este espectáculo me conmovia,
 porque presenciaba con el vivo recuerdo la so-
 lemne y terrible escena que ensangrentó el Cal-
 vario ha diez y ocho siglos ! »

« La impaciente curiosidad de la multitud no
 podia menos que crecer ; y en medio del inmen-
 se murmullo se distinguian los gritos de los
 niños y los gemidos de las mugeres y de las jó-
 venes, á quienes casi sofocaba el tumulto. Unas
 muchachas armenias se echaron sobre mí para
 que las protejera y guardara á mi lado durante
 la ceremonia. »

« Descendimos despues del santo monte para
 trasladarnos á la *pedra de la uncion*, en dondē
 el Hijo de María fué embalsamado. El Cristo
 fué envuelto en una sábana, y cuatro religiosos

vestidos con una estola negra lo llevaron piadosamente como se llevara un cadáver.»

« Un velo blanco cubria la unción. Colocose allí un cojin de terciopelo negro sobre el cual debía ponerse la cabeza de Jesus. En los cuatro ángulos de la piedra estaba un vaso de plata que encerraba los aromas mas preciosos y ricas aguas de olor.»

« Puesto el Cristo sobre el mármol sagrado el celebrante se arrodilló para rociar la imagen del Salvador con esencia de rosa y quemar en derredor olorosos perfumes.»

« Despues de unos instantes de recogimiento, el sacerdote latino que desempeña en Jerusalem las funciones de cura pronunció en árabe un discurso que se dirijia á los católicos del país: estaba el sacerdote sobre uno de los pilares que avecinan la puerta de la iglesia, y todos los asistentes, aun los musulmanes, escuchaban con religiosa atencion. Concluido el discurso nos dirijimos acia el sepulcro, llevando cuatro religiosos al Cristo en la sábana blanca. Depositada la santa imagen sobre la piedra del sepulcro oimos el último discurso en español, y se terminó así la lúgubre ceremonia.»

« Eran las diez de la noche; y salimos de la iglesia del Santo Sepulcro para trasladarnos al convento latino de San Salvador.»

Haí un grande atractivo en esta simple relacion: al leerla no he podido prescindir de un mo-

vimiento de envidia. ¡Oh, yo habria querido que me hubiese sido dado ver lo que aquel jóven vió, sentir las emociones que él esperimentó en esa tierra de Oriente surcada por los milagros y húmeda aun con la sangre de un Dios!

En los proyectos de viage tiene cada uno un lugar que prefiere á los otros. Cual deseara ver á Roma, quien á Atenas, tal otro á Nápoles con su hermoso cielo, aquel á Londres cubierto de humo espeso. Por mí, la ciudad de David, conquistada por Godofredo de Bouillon y hoy llorando en el desierto sus pasadas glorias seria lo que con gusto viera. Allí debe haber voces que no se oyen en otra parte: allí han quedado inmortales memorias, memorias de RELIGION y de CABALLERIA, dos nobles hermanas nacidas una en el cielo y la otra en la tierra, mas ambas santamente unidas.

Cuando Chateaubriand se hizo peregrino para ir á explorar los *Santos Lugares*, aun poseía yo la actividad de la juventud, y recuerdo el inmoderado deseo que tuve de seguirle. ¡Con gusto, si, hubiera llevado yo su alforja en el desierto por ver su entusiasmo y para recojer unas de estas palabras que son como inspiraciones poderosas para aquellos que las oyen de su boca!

Tratando de describir las ceremonias del Jueves y Viernes santos, hice notar que no habia uniformidad en las diferentes iglesias para la decoracion del monumento en que se deposita

durante dos días la hostia consagrada. En algunas ciudades este altar es lúgubre como un sepulcro; en otras radiante de luces y lleno de flores como un altar del Corpus. Lo digo con timidez, mas creo que convendría mas la unidad, que no esta desemejanza que puede sorprender, porque si el pensamiento de la ceremonia es una conmemoracion de muerte, valdria mas que la apariencia exterior semejase á un sepulcro.

Hoi particularmente, que gusta de darse á todo su aspecto histórico y verdadero, seria mui fácil que cada iglesia arreglase una capilla para el oficio del Jueves y Viernes santos por el modelo exacto del *Santo Sepulcro*, tal cual fué conquistado por los cruzados y tal cual existe aun hoy dia.

Esta verdadera representacion, linea á linea, de la parte mas santa de los Santos Lugares costaria poco de establecer, y no se si me engaño, pero juzgo que la piedad no podría menos que ganar con esta copia fiel.

La piedra hendida del sepulcro seria el altar que guardaria las santas especies cubiertas con un velo que figuraria la sábana santa, y las lámparas, que arden sin cesar ante el santo sepulcro enviadas como ofrendas por todos los soberanos de la cristiandad, no serian difíciles de copiar y darian una misteriosa luz en derredor de la hostia. Veriase tambien allí la piedra so-

bre la que el ángel vestido de blanco y de esplendor apareció á las santas mugeres.

Las proporciones del santo sepulcro, que puso en armas para su conquista una parte del mundo y millares de guerreros en pie para libertarlo de las profanaciones de los infieles, no son grandes. Esta tumba, cavada en la roca, semeja á un cuartito casi cuadrado, alto de ocho pies desde el suelo á la bóveda, largo de seis pies y cinco pies y medio de ancho.

Entrase á él por una puerta baja que se cerraba con una piedra de la misma roca que formaba la tumba, en que los principes de los sacerdotes pusieron su sello para retener su víctima entre las sombras de la muerte... ; Vanos esfuerzos ! ; Cuando llegó la hora, Jesus se movió en su tumba de piedra y todo fué roto ! ; Quien hubiera podido contener al Dios fuerte que se despertaba ?

¿Donde está, oh muerte, tu guadaña ?

¿Donde está, oh muerte, tu victoria ?

Yo recuerdo haber visto en Monte Valeriano, cerca de la iglesia que los misioneros edificaban en esta bella soledad en mejores tiempos, una exacta y verdadera imitacion del santo sepulcro : allí podría tomarse sin gasto alguno el modelo que he osado aconsejar.

Algunos mayordomos de fábrica que gustan mezclarse en el ornato de nuestras iglesias se contristarían si se realizase el proyecto que in-

dico, porque no podrian desplegar cada año los recursos de su imaginacion; empero me persuado que podrian consolarse en su tristeza si el pueblo cristiano, si la multitud piadosa pudiese conocer el lugar mas santo y sagrado en nuestro globo, lugar que los anacoretas y solitarios venian á ver de lejos, lugar que los religiosos de todas las naciones guardan aun con gran peligro de su vida.



SABADO SANTO.

CUANDO uno ha penetrado en las profundidades de la gran Semana y que ha abandonado su espíritu á las inspiraciones que las ceremonias y los oficios de este tiempo hacen sentir, queda uno como colmado con tanta grandeza.

Los salmos que se han leído, los himnos que se han cantado, las lamentaciones de Isaías y de Jeremias que se han oído han llenado nuestra alma de fuertes emociones y grandes pen-